Fauna Guardianes

CIMA

La que nadie ve

ÁGUILA REAL · Una aventura ilustrada



01

Lo que se ve desde arriba

La sombra cruzó el patio antes que el águila.

Beto no la vio. Tenía la vista fija en la moneda con que iba a comprar una paleta. Le gustaba pasar la uña por el relieve del escudo: el nopal, la serpiente, las plumas diminutas.



Arriba, CIMA se dejó levantar por el aire caliente. El pueblo se hizo pequeño. Más allá de los últimos techos empezaba el llano; más allá, la pared de roca donde esperaba su cría.

Buscó un movimiento entre los matorrales. Una liebre salió de la sombra y volvió a esconderse.

CIMA corrigió el vuelo.

Abajo, Beto guardó la moneda. La sombra había pasado también por su mano, pero él ya estaba mirando otra cosa.





02

Beto, que nunca había visto una

Allá abajo, en el patio de la escuela, era lunes.

Beto estaba formado con todos los demás, firme, saludando a la bandera que subía despacio por el asta. En el centro, como siempre, estaba el águila: parada sobre un nopal, con una serpiente en el pico.

—Oye —le susurró Beto a su amigo—. ¿Tú crees que esa águila existe de verdad? ¿O es como los dragones, un invento para que se vea bonito?



—Ni idea —contestó el otro—. Yo nunca he visto una. Nadie ha visto una.

—Exacto —dijo Beto—. Yo creo que ya se acabaron. O que nunca hubo. Es puro símbolo. Un dibujo. Como el unicornio, pero mexicano.

La maestra los calló. Beto volvió a ponerse firme y saludó a la bandera, al águila que creía inventada. Sin saber que a esa misma hora, subida en el cielo sobre su pueblo, esa águila lo estaba mirando a él. Contándole, si hubiera querido, los botones de la camisa.

03

El que mira al cielo

El llano, visto desde el cielo, parecía vacío. No lo estaba.

CIMA bajó en círculos hacia una colonia de perritos llaneros: un pueblo entero bajo la tierra, con cientos de túneles, cuartos y pasillos, y en la superficie, montoncitos de tierra por donde asomaban cabezas que vigilaban.

En cuanto su sombra tocó el llano, un perrito se paró firme sobre las patas traseras y soltó un chiflido agudo que corrió por toda la colonia: ¡águila, águila, escóndanse! En un instante, cientos de perritos se metieron bajo tierra. El llano quedó pelado.

Todos menos uno. Un perrito gordo, en la boca de su túnel, que la miró volver a subir sin haber cazado nada.



—¡Fallaste! —le gritó, burlón—. ¡Otra vez! Para ser la de la bandera, cazas regular, ¿eh?

—Algún día te voy a agarrar a ti, Chulo —contestó CIMA desde el aire, sin enojo—. Por hablador.

—Ése es el trato viejo, plumas: tú cazas, yo chiflo. Tú tienes los ojos; yo tengo el oído y los agujeros. Mientras yo chifle a tiempo, tú comes conejo, no perrito. Así llevamos miles de años. —Chulo se rascó la panza—. Oye, una pregunta de verdad. ¿Es cierto que allá abajo, con los humanos, eres famosísima? Nosotros miramos el cielo todo el tiempo. Pero dicen que estás en todos sus trapos.

—Dicen bien —suspiró CIMA—. Estoy en todos lados. Y no me ha visto ninguno.



04

El poste que mata

En el llano no hay árboles altos. Para un águila que necesita un lugar desde dónde vigilar, los únicos que se alzan sobre todo son los postes de la luz: altos, firmes, con brazos cruzados perfectos para posarse.

Son una trampa.

CIMA lo supo la tarde en que vio a otra águila —una grande, vieja, que conocía de lejos— posarse en uno de esos postes. Al abrir las alas para reacomodarse, tocó al mismo tiempo dos de los cables.



Hubo un chasquido, una chispa azul, un olor a quemado. Y la gran águila cayó del poste como cae una piedra.

CIMA chilló y subió alto, lejos del poste, con el corazón desbocado.

—¿Qué fue eso? —chifló Chulo desde abajo, que lo había oído todo—. ¿Qué le pasó a la otra?

—El poste —dijo CIMA, temblando en el aire—. El poste la mató. Sin dispararle. Sin que nadie la tocara. Sólo por posarse.

Desde esa tarde, CIMA no volvió a pararse en un poste de luz. Buscó una roca alta, más lejos del llano, y cambió su recorrido.





05

El pueblo en silencio

Pasaron semanas. Y una mañana, cuando CIMA volvió a la colonia de Chulo para cazar, encontró algo peor que un llano con perritos escondidos.

Encontró un llano en silencio.

Los montículos seguían ahí, pero no asomaba ninguna cabeza. Nadie vigilaba. Nadie chiflaba. El pueblo bajo tierra estaba quieto, vacío. CIMA bajó y se posó en el suelo —algo que casi nunca hacía— y buscó.

—¿Chulo? —llamó—. ¿Chulo, hablador, dónde estás?



Nada. Al fin, de un túnel lejano, salió Chulo. Flaco. Despacio. Él solo.

—Se acabó, plumas —dijo, sin nada de burla—. Vino gente del rancho grande. Dijeron que hacíamos muchos hoyos, que las vacas se tropezaban, que éramos plaga. Echaron un veneno por los túneles. Casi todos... ya no están. Yo me salvé porque andaba lejos.

CIMA se quedó callada. No sólo por tristeza. También porque entendió algo que la asustó: si se acababan los perritos, si se acababa el llano con su comida, ella —por más grande, por más reina, por más de la bandera que fuera— también se iba a acabar. No se puede ser el águila del cielo si abajo no queda nada que comer.



06

La culpa que no era suya

CIMA cruzó sobre el corral sin bajar. Buscaba la orilla del arroyo, donde todavía encontraba liebres.

El ranchero salió de la casa.

«¡Ahí está!»

Beto, que había ido con su padre a revisar la línea eléctrica del camino, se volvió hacia el grito. Vio el arma antes de encontrar al águila.

«¿La viste llevarse alguno?», preguntó su padre.

El hombre no contestó enseguida.

«Me faltan dos cabritos.»

«Hay que revisar qué pasó.»

El arma seguía levantada. Beto miró hacia el corral: había un cabrito vivo pegado a la cerca. No quería que le pasara nada. Tampoco quería oír el disparo.

CIMA se alejó del arroyo con las garras vacías.

El ranchero bajó el cañón apenas unos centímetros.

«Vengan a verlos», dijo.

El padre de Beto asintió. No había resuelto lo ocurrido. Había conseguido que lo miraran antes de disparar.



07

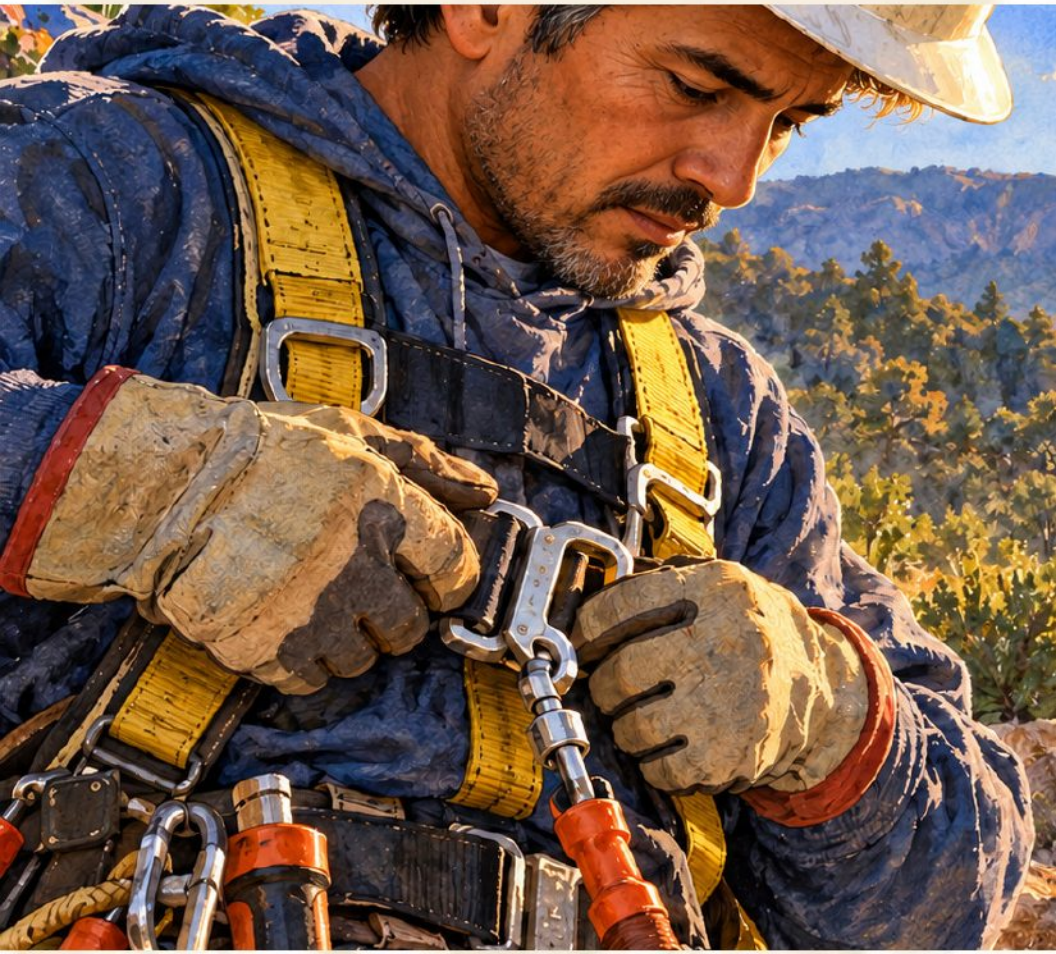
La cuadrilla que sube a la sierra

Las camionetas llegaron al camino cuando aún hacía frío. La cuadrilla cercó la zona de trabajo. Beto se quedó con su tía detrás de la señal de seguridad.

Su padre llevaba casco y un arnés lleno de hebillas. Desde abajo parecía otra persona.

«¿Les van a quitar la luz?»

«Sólo mientras trabajamos.»



Los técnicos revisaron el equipo antes de acercarse a los cables. No bastaba envolver un poste: había que modificar las partes peligrosas con materiales apropiados.

Beto miró el llano mientras esperaba. Encontró tres aves pequeñas, un cuervo y una bolsa atrapada en una cerca. Ninguna era el águila.

«¿Y si no vuelve?», preguntó cuando su padre bajó.

Él se quitó los guantes.

«Tendrá que poder volver aunque nosotros no estemos mirando.»

Beto dobló la envoltura de su almuerzo y la guardó en el bolsillo. Todavía no había visto a CIMA.





08

El nido en el acantilado

Subieron por una vereda hasta un mirador, frente a un acantilado enorme. El papá de Beto le pasó unos binoculares y le señaló una repisa de roca, muy alto, del otro lado.

—Ahí. No hables fuerte. Y no nos acercamos más: en esta época no se les molesta.

Beto miró. Y se quedó sin aire.

En la repisa había un nido. Pero no un nidito de pajarito: una plataforma enorme de ramas gruesas, del tamaño de una cama, amontonada durante años, una temporada sobre otra.



Y en el borde, algo se movía. Una cría. Despeinada, fea, con los ojos demasiado grandes para su cabeza, batiendo unas alas todavía inútiles.

—Es... —Beto no encontraba las palabras—. Hay una. Hay una de verdad. Y es bebé.

—Es de verdad —dijo su papá—. Y por eso venimos. Cuidamos que nadie suba a robarse la cría para venderla, que nadie haga ruido, que nadie abra un camino ni ponga una obra junto al nido en estos meses. No es mucho. Es dejarla en paz, tapar los postes, y cuidarle el llano y la comida. Pero es la diferencia entre que exista... o que de verdad se vuelva nomás un dibujo.

09

La que por fin alguien vio

La primera vez que CIMA apareció, Beto estaba mirando el lugar equivocado.

«Más arriba», susurró su padre.

El niño levantó los binoculares. Encontró cielo, luego roca, luego una rama demasiado grande para estar sola en una pared.

Entonces un ala tapó la rama.



CIMA llegó con una liebre. Su cría dejó de picotear el borde del nido y avanzó dando tumbos. Beto vio las garras cerrarse sobre la presa, la cabeza inclinarse, un trozo pequeño pasar de un pico al otro.

Había imaginado algo solemne. Lo que estaba viendo era una madre dando de comer.

«¿Puedo acercarme?»

Su padre negó con la cabeza.

Beto volvió a mirar. Le temblaban los brazos por sostener los binoculares.

CIMA levantó la cabeza hacia la ladera opuesta. El niño bajó los suyos y permaneció quieto.

No supo si ella lo había visto. Ya no necesitaba que lo viera.



10

La de la bandera

El lunes, Beto volvió a pasar la uña por el águila de su moneda.

«Sí existen», le dijo a su amigo.

«¿Dónde?»

Beto abrió la boca. Iba a decir el camino, el mirador, la repisa exacta. Recordó a la cría acercándose al borde.

«En la sierra. Se miran de lejos.»



La maestra los llamó a formarse. La bandera subió despacio. Beto conocía ahora algo que no cabía en aquel dibujo: el peso de una liebre en las garras, el trabajo de llevarla hasta el nido, un llano lleno de bocas de túnel.

Muy lejos del patio, CIMA pasó sobre la colonia.

Chulo dio un silbido y desapareció.

Esta vez hubo otra respuesta desde un montículo vecino.

El águila siguió buscando.

Beto alzó la cara. No la encontró. Se quedó mirando un momento más.



Lo que sostiene el cuento

En el mundo real

El águila real caza principalmente mamíferos como liebres y conejos; también puede capturar otras presas, incluido ganado joven. No toda pérdida en un rancho es obra de un águila. Investigar evita culpas automáticas. La electrocución es un riesgo real: reducirlo exige trabajo técnico especializado en la infraestructura.

Lo que inventamos

CIMA, Beto y Chulo son personajes inventados. El cuento no documenta un nido ni una intervención concretos. Las modificaciones eléctricas reducen riesgos; no vuelven inocua toda una red. Las aves también se posan en rocas y en el suelo.

Tu turno

Busca un animal en un escudo, una moneda o una etiqueta. Sin salir a perseguirlo, investiga tres cosas que necesita para vivir. Dibuja una segunda imagen: no el símbolo, sino el lugar que lo sostiene. ¿Qué quedó fuera del primer dibujo?

Para seguir descubriendo

USFWS · Golden Eagle

USFWS · Golden Eagle Science in the West

Las fuentes respaldan los datos naturales, no las aventuras ni los diálogos de los personajes. Consultadas en octubre de 2026.

La que nadie ve

Beto conoce las plumas de una moneda mejor que el cielo sobre su pueblo. Mientras aprende a mirar, CIMA tiene una cría que alimentar y un llano que se queda sin respuestas. Verla será apenas el principio.



Jorge Uribe Maza · FAUNA Guardianes

Edición visual V3.0 · Octubre de 2026
Texto e ilustraciones revisados con asistencia de inteligencia artificial.

betafaunaguardianes.pages.dev